

divina, ese intransferible y, por lo tanto, envidiable don. Es el pasaporte para circular por el mundo del arte. Y los más preclaros y los más célebres, al verlo en manos de alguien, recíbenle de igual a igual, por más insignificante y desconocido que parezca. En cambio su intimidad no lograría forzarla ninguna vanagloria, ni ninguna cotización convencional de mercado.

Es lo que muchos no han entendido, ni entenderán nunca. Esa francmasonería de los hombres de selección, tan contados, a pesar de todo, porque, ya lo dice el Evangelio: «Muchos son los llamados, pocos los escogidos». Y dice también: «Por sus obras les conoceréis». Pero no dice «les reconoceréis por el éxito de su obra».

¡Bienvenido, íntimamente, ese joven maestro de la literatura española, aquí donde ni han de sobrarle discípulos, ni ha de tener mucho que espigar en esta literatura, ni es español el sentir unánime, entre tan turbias y torpes influencias! La suya, castiza y clara, puede sernos provechosa porque, como todo artista legítimo, es un auténtico hombre, al cual nada de lo nuestro puede serle ajeno y que, seguramente, no ha de quedarse a las puertas del alma chilena.

II. BERTA SINGERMAN

La intérprete es esa Berta, encarnación, desde hace años, de la poesía dicha en alta voz ante un público y la que sin duda ha sabido hacerla llegar a mayores multitudes y a mayor número de multitudes. Por cor-

tesía hacia su sexo, debiera haberla cedido la primera el paso. Pero es inflexible el protocolo, en el reino del espíritu.

Ya he dicho, al ocuparme de su interpretación del «Cantar de los Cantares» de Salomón, cuánto me sugiere su misión. Porque se le ha confiado una, exelsa y delicada, y va cumpliéndola, por el mundo, de buena fe y con buena voluntad. Les serán tenidas en cuenta, cuando se haga el recuerdo de sus virtudes y sus desaciertos. Y todos quedaremos en deuda con ella, porque estamos en deuda con su ardiente inspiración, con el comunicativo ideal de belleza que ha logrado infundir a una época baja y fea, y más que fea y baja, desalentadoramente trivial. ¡Berta Singerman, sigue intercediendo por nosotros los proscritos, los poetas, ante el trono de todas las potestades y de todas las jerarquías!

III. EL SALON OFICIAL

Y ahora el salón anual de pintura y escultura, a cuya inauguración, que debiera ser una solemnidad, debieran asistir, y no asisten, las primeras autoridades, no porque las autoridades pudieran honrarle, sino porque debieran honrarse con él.

Yo no había vuelto a ver pintura chilena desde mi juventud, mis críticas de aquella época, y mi convivencia con maestros que lo eran, como Alfredo Valenzuela Puelma, Juan Francisco González, Pedro Lira.